«El que ha puesto la mano en el arado y mira hacia atrás no sirve para el reino de Dios».

San Lucas 9, 57- 62:

Autor: Pedro Sergio Antonio Donoso Brant ocds

Lectio Divina

EL SERVICIO GENEROSO, PERSEVERANTE, HUMILDE, AL REINO

La primera lectura nos pone de nuevo frente a la urgente tarea que supone para cada creyente colaborar en la edificación del pueblo de Dios y robustecer su camino en la fe. En cuanto discípulos de Jesús, estamos llamados, por habemos adherido a su seguimiento, a descubrir también que la pasión por la comunidad del Señor no puede ser algo secundario para quien ha experimentado el inmenso amor que Dios tiene por su pueblo.

La dureza de las condiciones que Jesús pone a los aspirantes a discípulos no tiende a formar un discípulo que persiga un elevado ideal ascético, cosa que podría engendrar en el ánimo una especie de sentimiento altanero de seguridad o indiferencia hacia los otros; Jesús recuerda aquí más bien que el discipulado es «gracia cara» y que las renuncias propuestas deben ser entendidas sólo como manifestaciones de un radicalismo en el amor.

Se trata de la disponibilidad para hacerse ofrenda, a imitación de aquel que «siendo rico, se hizo pobre por vosotros, para enriqueceros con su pobreza» (2 Cor 8,9). El arado en el que nos dice que pongamos la mano es el servicio generoso, perseverante, humilde, al Reino. Eso significa que debemos roturar los duros terrones de nuestro corazón, renunciando a expectativas y proyectos sólo nuestros, para buscar, en cambio, por encima de todo, el bien del pueblo de Dios, tal como hicieron Nehemías y los justos de Israel y tal como hicieron los innumerables santos de la Iglesia.

ORACION

Señor Jesús, infunde en mí una sincera pasión por ti, un profundo deseo de seguirte y de servirte en tus hermanos y hermanas. Sin embargo, tú conoces lo débil que soy frente a los obstáculos que encuentro en mi camino, unos obstáculos que engendran en mi corazón dudas, vacilaciones, contradicciones. Revísteme, pues, de tu fuerza para que no ponga la mano en el arado y, después, por cansancio u otro motivo, acabe por volverme atrás.

Concédeme un corazón indiviso que sepa reconocer- te en todo instante como el Señor de mi vida y no se deje arrastrar por distracciones, afanes o embriagueces. Concédeme no escandalizarme de ti cuando te descubro pobre, débil, sin una piedra donde reposar la cabeza. Suscita en mí eso que echo de menos: el compartir, el amor por ti, una fidelidad capaz de perseverar en la contemplación de tu santa pasión y muerte. Amén.